

# ERUDITOS, ¡A LA ESFINGE!

(*"Nuevo Mundo," Madrid, 6 Setiembre 1918*)

COMO la simbólica Esfinge, ó sea el Querubín, era un monstruo que tenía el busto de Hombre, el tronco del cuerpo de Toro, las patas de León y alas de Aguila, es de creer que en todas sus partes tuviese algo de humano, de toruno — ¿por qué el Diccionario de la Real Academia no traerá este adjetivo y sí *boyuno?* —, de leonino y de aguileño.

Sea uno darwiniano ó lamarekiano, partidario de la pangénesis de aquél, de Darwin, ó de las micélas de Naegeli ó del plasma germinativo de Weismann ó de lo que quiera, y háyase formado el concepto que quiera de las leyes de la herencia corporal del fraile Mendel, parécenos difícil escapar á la conclusión de que el busto humano de la Esfinge ha de tener algo de toruno, de leonino y de aguileño; su tronco toruno algo de humano, de leonino y de aguileño; sus patas leoninas algo de humano, de toruno y de aguileño, y sus alas de águila algo de humano, de toruno y de leonino. Y á la vez las riquísimas y variadísimas combinaciones que, según sus respectivas proporciones, cabe hacer entre estos cuatro términos.

¡Figúrense! Humanuzo y humanato de toro, de león y de águila; toruzo ó torato de hombre, de león y de águila; leonuzo ó leonato de hombre, de toro y de águila, etc., etc., etc. Hay que roírse de la química orgánica y de sus series.

Porque no queremos creer que la Esfinge sea una nueva mezcla; la Esfinge ha de ser una combinación.

Ahora, la dificultad para estudiar esto estriba en que la Esfinge no se deja analizar tan aínas, y si devora al que no adivina sus enigmas, y el tormento de ser devorado por la Esfinge, si es tal tormento, se acaba pronto, en cambio, al que, esquivando su mirada y sus preguntas, se le va de soslayo á ver si logra sacarle unas gotitas de sangre para analizarla ó mirarle el pezón de una ubre al microscopio — la Esfinge es hembra —, á ése le patea y le magulla, que es mucho peor que devorarle. Al fin, el devorado por la Esfinge acaba por convertirse en carne y sangre de la Esfinge misma, se hace esfingico ó



(y)

*Recogido en "De esto y de aquello," tomo II*

querúbico, mientras que el del microscopio perece entre las doyecciones de ella.

Y de ella, de la Esfinge, cabe decir lo que H. Poincaré decía del elefante, y es que no lo conoce el que no lo ha estudiado más que al microscopio. Le conoce mejor el que ha recibido alguna trompada de él ó un colmillazo.

Pero como hay muchas gentes, muchísimas, las más, que no se atreven á mirarle á los ojos, á la mirada, á la Esfinge, y menos á oír sus preguntas y tratar de resolverlas, porque temen ser devorados, y no saben que, como Jonás del vientre de la ballena, se sale también, y para ser profeta, del vientre de la Esfinge, conviene buscar un medio para poder estudiar con el menor peligro posible al monstruo enigmático.

La Esfinge tiene cola; una cola toruna que tiene algo de leonina también, y de aguileña y hasta de humana. Esa cola le sirve para espantar las moscas, esto es, los eruditos investigadores. En cuanto uno de esos sabios, que desprecian lo que llaman misticismo, la religión y hasta la filosofía; en cuanto uno de esos positivistas, que creen, con Comte, que ya pasamos de la edad teológica y de la metafísica, se acerca con un instrumento cualquiera de contar, pesar ó medir — que puede ser hasta un estilómetro, con que se examina la obra literaria de un poeta ó de un escritor —, la Esfinge le da un coletazo. Y si llega á picarle para sacarle unas gotas de sangre que analizar, entonces le patea y le magulla y le hace papilla.

Pero hemos podido averiguar que con cierta maña es posible, acercándose á esa cola, arrancarle algunas cerdas. La Esfinge, que





defiende su cuerpo, no se ofende mucho de que las moscas y los moscones, ó los escarabajos peloteros — á esta última especie pertenecen los eruditos —, la arranquen cerdas de la cola. Y si Cuvier decía que con un hueso de un animal antediluviano, con la taba, supongamos, se puede reconstruir el animal entero, con una cerda bien estudiada, acaso logre un erudito penetrar en el misterio de la Esfinge.

Una cerda esfingica ha de tener, conforme á nuestro postulado, algo de humano, de toruno, de leonino y de aguileño; y estudiando con buen número de cerdas, se podrá acaso llegar, mediante

la estadística y hasta el cálculo de probabilidades—y qué maravillosos resultados no da éste hasta en la teoría cinética de los gases!—, á penetrar algo en el misterio del monstruo devorador. ¡Oh la Ciencia! ¡Lo que es la Ciencia!

Esperamos que del estudio científico, metódico—la ciencia es método—, positivo, matemático, de las cerdas de la cola de la Esfinge se llegue á obtener la *esfingina*. La esfingina es el principio activo, combinación de la *hombrina*, la *torina*, la *leonina* y la *aguilina*, que hace que la sangre de la Esfinge sea de Esfinge y no de otro monstruo cualquiera: Leviatán, Dragón, Behemot, Serpiente de Mar, Fiera Corrupia, Centauro, Serafin, etc., etc. Y analizando debidamente la esfingina, se llegará á penetrar en el secreto de la Esfinge. ¡Ignora alguien los maravillosos resultados que ha obtenido la Ciencia de las —inas? Hoy, por lo menos, se sabe por qué se mueren muchos de los que se mueren, y eso de saber por qué se muere uno, es un gran consuelo para los que se quedan todavía vivos.

El caprichoso paradojista —pase, ¡pues que se empeñan!— que traza estas líneas, dijo años hace que el médico se mueve en un dilema y es: ó que mata al enfermo por miedo á que se le muera, ó le deja morir por miedo á matarle; pero, al decir eso, no tuvo presente que el fin de la ciencia médica—de la ciencia, ¿eh?, no del arte de curar—, que el fin de la patología no es librar al enfermo de la muerte, sino co-

nocer la enfermedad y, sobre todo, su causa y su génesis. La ciencia médica se reduce al diagnóstico. Todo lo demás, y hasta el pronóstico las más de las veces, es charlatanería.

Y el diagnóstico se reduce, de ordinario, á una clasificación: este enfermo A padece una dolencia de la misma especie que las que padecieron los enfermos B, C, D y E, y á la que, para entendernos, le llamaremos X ó N. (¿No distinguió Mackenzie la enfermedad que llamó X, tomando por especie lo que es el género supremo y universal?)

El que la Esfinge nos devore ó no, es, pues, lo de menos; lo importante es descubrir la esfingina. ¿Y quién sabe si, una vez descubierta, se llega á preparar un suero con ella, é inoculándonos con él, como en vacuna, nos inmunizamos contra la *esfingitis*? Es decir, que inoculado uno con suero de esfingina, se hace sordo á las preguntas de la Esfinge.

Pero he aquí que empezamos á darnos cuenta de que este programa está ya realizado, y que eso que hemos llamado otras veces científicismo, considerándolo hasta como una enfermedad, no es más que un suero de esfingina con que se le pone á uno sordo para las preguntas de la Esfinge. El así vacunado pronuncia el sésamo, es decir: *ignorabimus!*, se acuesta sobre la almohada de lo inconocible y se queda tan fresco. Y se compadece luego de los pobrecitos que, en vez de arrancarle cerdas de la cola á la Esfinge, se empeñan en mirarle á la mirada y responder á sus preguntas. ¡Metafísicos! ¡Místicos, más que místicos!—Miguel de Unamuno

